Formarse con el quehacer diario

Ignacio Rodríguez Temiño

*Dirección General de Bienes Culturales
Junta de Andalucía*

Durante la mayor parte de su historia, la administración encargada de tutelar el patrimonio arqueológico estuvo compuesta principalmente por académicos y eruditos, que desempeñaban estas funciones con la mejor voluntad pero sin una dedicación exclusiva a estas tareas, sino bajo el signo de la prestación honoraria. Con posterioridad, desde mediados de los setenta, la administración se profesionalizará por la vía de la cualificación científica de quienes tenían encomendadas esas misiones, que recayeron en los directores y conservadores de museos. Las pruebas de acceso a este cuerpo de conservadores, así como la consideración administrativa de las instituciones museísticas, reflejaban la importancia dada al dominio de la disciplina, muy por encima del conocimiento y la práctica puramente administrativa.

Con el traspaso de las competencias en materia de cultura de la administración del Estado a las comunidades autónomas, se produjo una eclosión en el ámbito de la gestión del patrimonio arqueológico, cuyo efecto más inmediato fue la multiplicación de las administraciones competentes en materia de cultura. Con relación al estadio anterior, este fenómeno supuso la incorporación de una nueva generación de profesionales, para quienes la dedicación a la tutela del patrimonio arqueológico era el elemento más importante y definitorio de su trabajo, aunque su implicación con la arqueología procediese de incipientes carreras investigadoras. Pero, tras este salto, en muchas ocasiones, ganar el nuevo perfil de administración técnica se hizo a costa de dejar en el camino el acrecentamiento de la formación arqueológica, estancada en los conocimientos adquiridos en la carrera, algún artículo posterior y poco más. En ese momento, no se dio suficiente valor a la función que tiene la investigación básica en arqueología, para la gestión del patrimonio arqueológico. Frente al específico conocimiento universitario, se alzaba una práctica administrativa y técnica que relegaba a un segundo plano la necesidad de profundizar en la propia disciplina para la consecución de sus objetivos.

La separación producida durante el proceso de consolidación de las administraciones autonómicas, entre gestión e investigación, a la que se ha hecho mención en otro lugar (Rodríguez Temiño y Rodríguez de Guzmán, 1997), crea un compartimento estanco entre ambas, segregando la investigación histórico-arqueológica de las facetas interesadas por la tutela del patrimonio arqueológico. Sus consecuencias se han demostrado bastante nefastas.

Esta incomprensión no resulta unívoca, sino que se corresponde cabalmente con la actitud seguida por las universidades ante este nuevo escenario. Si es comprensible que las asignaturas impartidas hace veinte años no reflejasen los nuevos conceptos de gestión, tutela o patrimonio arqueológico, como ha dejado dicho F. Hornos (1993), ya no lo es tanto que hoy día la respuesta dada por el estamento universitario siga siendo mezquina. El peso otorgado a este tipo de conocimiento se reduce en múltiples casos a ser una signatura cuatrimestral (Querol, 1998). Esta carencia de relevancia resulta tan insuficiente como inapropiada la preparación de los profesores que las imparten. En este sentido, se ha rechazado la posibilidad de asociar a quienes tienen experiencia y conocimiento suficiente para explicar estas materias, salvo en honrosas excepciones. Por desgracia no es infrecuente que se vean en la obligación de explicar temas relacionados con la gestión del patrimonio arqueológico, personas especializadas en numismática o prehistoria reciente. Lo peor de esta situación no es sólo la falta de preparación específica, sino que para ponerse al día se crea suficiente una o dos lecturas apresuradas, combinadas con abundantes dosis de aforismos y lugares comunes, a los que denominan "sentido común". Como supongo que tal remedio no lo aplicarían si se tratase de una asignatura titulada, Prehistoria de la Península Ibérica —pongo por caso—, he de pensar que este tipo de temática merece menos respeto, o se considera de menor trascendencia en la formación de las futuras profesiones, que la referida al Paleolítico peninsular, también por poner un ejemplo.

Para salvar la laguna formativa universitaria se han puesto de moda master y todo tipo de cursos para graduados y profesionales, trabajen en la administración o no, que intentan al mismo tiempo suplir esas carencias y servir como instrumentos de perfeccionamiento. Han sido muchos y muy variados los cursos habidos en estos últimos quince años. Su interés ha sido muy dispar y no cabe intentar siquiera un acercamiento a su valoración. No obstante, sí es preciso señalar el carácter discontinuo que han tenido, dependiendo de coyunturas favorables de imposible estabilización a medio y largo plazo, lo cual ha mermado bastante su alcance. Posiblemente una de las pocas excepciones sea el Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico, y su programa de formación, a través de una oferta anual de cursos. Entre ellos, siempre ha sido fácil dar con algo recomendable, aunque quizás más para graduados que para personas con mayor experiencia de trabajo en el ámbito de la administración.

A pesar de excepciones como el IAPH, debe ser asumirse que una de las características del desarrollo de la gestión autonómica del patrimonio arqueológico

co ha sido —y continúa siendo— la mínima preocupación habida por la formación de los nuevos profesionales y el perfeccionamiento de quienes ya ejercen de ello. En el Reino Unido el interés por esta faceta del aprendizaje es enorme desde hace bastantes años. Tanto organismos gubernamentales como fundaciones privadas o asociaciones profesionales (Chitty, 1999), encabezadas por el Institute of Field Archaeology (IFA), con el apoyo financiero de English Heritage, vienen prestando una dedicación encomiable a la formación, entendiendo que se trata de un proceso permanente tan esencial para el desarrollo de la vida profesional, como para el óptimo desenvolvimiento de la propia disciplina. Para no seguir profundizando en el análisis de la situación en el Reino Unido, me limitaré a sugerir la visita de la página web del IFA dedicada a la formación, así como los enlaces que puedan efectuarse desde ella.

Con todo, quiero añadir que, en mi opinión, siendo este tipo de formación imprescindible, no es suficiente. Durante la segunda mitad de los ochenta, la ausencia de conocimientos sobre cómo actuar se fue supliendo con voluntad e imaginación para hacer las cosas. Entonces había bastante apoyo social y político para emprender proyectos que tenían la protección y conservación del patrimonio arqueológico como objetivo, a pesar de que en ocasiones no se llegasen a culminar. De esta forma, se aprendía mucho. De hecho, es la mejor manera de hacerlo. Analizar problemas, madurar soluciones e intentar ponerlas en marcha es el mejor modo de conectar teoría y práctica, de estimular la capacidad intelectual y, en definitiva, de aumentar el conocimiento sobre nuestro trabajo. Es en estas circunstancias cuando los debates resultan productivos. Volviendo a los inicios de la andadura autonómica, los frecuentes foros celebrados entonces permitían contrastar experiencias con las demás comunidades autónomas. Estas pecaban, a veces, de un exagerado optimismo, pero siempre fueron interesantes. Además, junto a jornadas con un formato pensado para favorecer un mayor intercambio entre propuestas (por ejemplo, las auspiciadas por el Ministerio de Cultura,

a partir de 1986), otras tenían una orientación singularmente formativa: el *Seminario Arqueologia, ciutat i Urbanisme. L'exemple de Tours*, organizado por el TED'A en 1988, que contó con la dirección de H. Galinié o las *Jornadas Internacionales de Arqueología de Intervención*, promovidas por el Gobierno vasco, desarrolladas en San Sebastián en 1991, son buena muestra de ello. Sin ambas hubiese sido mucho más difícil la activación en España de los trabajos dedicados al estudio y evaluación de los "archivos del suelo" y los programas de arqueología urbana puestos en marcha durante los noventa, al menos en las comunidades autónomas de Cataluña, País Vasco y Andalucía.

Pero esta etapa de efervescencia y denodado fragor pasó hace ya bastante tiempo. Desde mediados de los noventa, las administraciones están instaladas en una rutina de funcionamiento que, sin nuevos aportes generacionales o mayores estímulos profesionales, se está volviendo plana y roma, incapaz de detectar dónde están los nacientes retos; de analizar qué ha fracasado y por qué; qué nuevos rumbos debe seguir la tutela del patrimonio arqueológico para que cumpla de forma plena la función social que se le atribuye. La práctica burocrática del día a día va relegando la solución de los problemas importantes, por la imperiosa necesidad de atender a los urgentes, bastante más triviales y cuya acaparamiento de tiempo impide que pasemos de una gestión del patrimonio arqueológico meramente manual (Zafra, 1996). Es preciso recuperar ese clima de actividad, de ilusión por trabajar en las líneas de actuación que se piensen convenientes para solventar los principales problemas a los que se enfrenta la tutela de estos bienes. Si no, de poco valdrán cursos, seminarios, jornadas o masters. Todo entrará por un oído y saldrá por el otro. Para hacer creíble que la formación sea un proceso continuo y que requiera un esfuerzo y un deseo personal por aprender, es imprescindible alimentarse del aliciente de un quehacer diario que, al menos en parte, siga satisfaciendo aquel torrente de entusiasmo del que hacíamos gala hace veinte años.

Bibliografía

CHITTY, G. (1999). *Training in Professional Archaeology: a preliminary review*, Londres.
(<http://www.britarch.ac.uk/training/survey.html>)

HORNOS MATA, F. (1994). "Reflexiones acerca del Patrimonio Arqueológico inmueble y su conservación", *Conservación arqueológica. Reflexión y debate sobre teoría y práctica*, IAPH, Sevilla: 10-17.

QUEROL FERNÁNDEZ, M. A. (1998). "La arqueología en las Universidades españolas", *PH. Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, 22: 15-18.

RODRÍGUEZ TEMIÑO, I. y S. RODRÍGUEZ DE GUZMÁN SÁNCHEZ (1997). "Excavaciones arqueológicas en Andalucía: 1984-1995", *Trabajos de Prehistoria*, 54.1: 57-70.

ZAFRA DE LA TORRE, N. (1996). "Hacia una metodología para el estudio del patrimonio arqueológico", M. A. Querol y T. Chapa (eds.). *Homenaje al Profesor Manuel Fernández-Miranda*, Complutum Extra, 6, II: 225-240.